

Libros de **Cátedra**

Modos de leer

Prácticas lectoras y apropiaciones culturales en tiempos de transmedialidad

Silvia Elizalde (coordinadora)

FACULTAD DE
PERIODISMO Y COMUNICACIÓN SOCIAL

S
sociales


EDITORIAL DE LA UNLP



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE LA PLATA

MODOS DE LEER

PRÁCTICAS LECTORAS Y APROPIACIONES CULTURALES EN TIEMPOS DE TRANSMEDIALIDAD

Silvia Elizalde

(coordinadora)

Facultad de Periodismo y Comunicación Social



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE LA PLATA



Índice

Introducción

Opacidad cultural y lecturas (im)posibles _____ 4

Silvia Elizalde

Capítulo 1

Lecturas negadas, escrituras estalladas. Jóvenes y tecnologías en red _____ 11

Paloma Sánchez

Capítulo 2

Todos/as unidos/as leeremos _____ 28

Giuliana Pates

Capítulo 3

Biopics, convergencia digital y nuevas audiencias _____ 53

Marisa Rigo

Capítulo 4

Valoraciones y disputas ideológicas en torno a un audiovisual infantil _____ 73

Sabina Crivelli

Las autoras _____ 90

CAPÍTULO 2

Todos/as unidos/as leeremos

Giuliana Pates

La fila parecía no tener fin. Eran cientos de jóvenes, uno/a³ detrás de otro/a, que esperaban pacientemente con libros entre las manos. Era el último fin de semana de la Feria del Libro de Buenos Aires y no imaginé encontrarme con tantos/as adolescentes que, como en una procesión, cruzaban el gran predio de la Sociedad Rural. Sospeché que algún/a escritor/a estaría por allí para firmar ejemplares y que, en un rato, esa interminable fila se desarmaría. Me equivoqué. Las horas pasaban y seguían llegando, con más libros, con más *post it* de colores entre las hojas. Debe ser alguien importante, pensé, y comencé a caminar hacia donde parecía estar el inicio de todo. En una mesa, dos jóvenes –no mucho más grandes que los/as que estaban en la fila–, sonreían y firmaban libros. Uno era Javier Ruescas, un *booktuber* y escritor español de literatura juvenil, que estaba presentando su último libro. La otra, de pelo violeta, era Fa Orozco, una *booktuber* mexicana cuyo canal en *YouTube* superaba las cien mil visitas por video.

En ese momento pensé que quienes afirmaban, con alarma, que “los/as chicos/as no leen” nunca habían visto algo así. Quienes, desde una mirada apocalíptica, sentenciaban la muerte del libro, tampoco. Me di cuenta de que nunca había hecho una fila tan larga para que me firmaran un libro y, haciendo un repaso por mi biografía lectora, intenté recordar qué leía cuando tenía la edad de esos/as adolescentes. De niña, leía los libros infantiles que me regalaban para Navidad o que mi hermana conseguía en la biblioteca del barrio. Además, con mis padres, iba a escuchar lecturas de poesía en el Museo Municipal y, si bien no estaba propiamente leyendo, estaba participando de una lectura colectiva. Me gustaba escuchar las voces ásperas del cigarrillo y las pausas entre verso y verso. De más grande, a mis veintidós, como tenía ese día en la Feria del Libro, ya era una estudiante universitaria que leía a Simone de Beauvoir y a Clarice Lispector, compraba libros en editoriales independientes y me ufanaba de que mi novio de ese momento era el sobrino nieto de Paco Porrúa, el editor de *Rayuela* y de *Cien años de soledad*, y el traductor de Ray Bradbury y J. R. R. Tolkien al español.

³ Se asumirá, a lo largo del capítulo, la denominación “los/as” para nombrar las identidades de género, entendiendo que favorece su lectura por sobre otras denominaciones como la “x” o la “e”. No obstante, se tiene presente que esta manera de nombrar favorece una clasificación binaria de los géneros, en tanto femenino y masculino, aunque no sea la intención reproducirla. Nos debemos poder discutir y conmoveder los usos del lenguaje en la práctica académica porque allí también se articulan y emergen desigualdades.

¿Pero durante la adolescencia? Recordé que no leía libros “juveniles”, libros para ser leídos a esa edad, sino los que me recomendaba mi hermana –ahí empecé a leer a Franz Kafka y a Alejandra Pizarnik–, los que comentaba algún ídolo musical cuando le hacían una entrevista – *La geometría del amor*, de Jonh Cheever, o *El mundo según Garp*, de John Irving– o los que reseñaban en la revista *Ñ* –todos los de Haruki Murakami–. Me acordé, también, que muchos de esos libros los leía en la escuela, en los recreos cuando me tocaba oficiar de bibliotecaria y no iba nadie a pedir o devolver algún libro, o en las clases cuando terminaba rápido alguna guía de preguntas. Sin esos libros, me aburría.

¿Les pasaría lo mismo a esos/as chicos/as que estaban en la fila? ¿También leerían en la escuela? ¿Qué leerían? ¿Cómo conseguirían los libros? En Junín, donde vivía en ese momento, había pocas librerías. Cuando iba, con el nombre del libro anotado en un papel y preguntaba si lo tenían, casi siempre la respuesta era que no, pero que lo podían encargar. Esperaba, quince días después, que me llamara, al teléfono fijo, la vendedora de “La mosca loca”, una librería del centro, avisándome que ya podía pasar a buscarlo. Qué anacronismo, me dije entre risas, ahora deben descargar todo de internet.

Ese día, cuando volví a mi casa, googleé los nombres de aquellos dos jóvenes que habían estado firmando libros en la Feria. Descubrí que muchos/as lectores/as tenían cuentas en *YouTube*, en donde comentaban los libros que habían leído o que estaban por leer. Se hacían llamar “*booktubers*”. Pensé que me hubiese gustado ser una *booktuber* si tuviese quince años. No había tanta diferencia de edad con esos/as chicos/as y, quizás, en la fila, había muchos/as de veintitantos. Sin embargo, sentía que era una práctica de adolescentes y yo ya estaba grande para eso.

Tenía muchos prejuicios: que debían leer todos textos digitalizados, aun cuando los/as había visto con libros de papel en las manos; que debían ser adolescentes que no superaran los dieciocho años; que debían leer libros de muchas páginas con tapas todas iguales, esas que tienen una imagen de fondo y tipografía grande ¿Será así? ¿Quiénes son esos/as jóvenes? ¿Cómo se imbrica la lectura en sus trayectorias de vida? Para desandar estas inquietudes, me acerqué a ellos/as. Al año siguiente, fui a un Encuentro de *booktubers* que se organizó durante la Feria del Libro. Esa vez, aproveché las largas horas que esperan para llevarse un libro o un señalador autografiado para hablar con algunos/as e intercambiar contactos con otros/as. Además, en las clases de Comunicación y Recepción, materia de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata donde soy docente, me encontré con estudiantes que eran *bloggers* o tenían amigos/as *booktubers*. Con ellos/as también hablé. Entonces, empecé a tejer encuentros, entrevistas, mensajes de *WhatsApp*, a partir de los cuales pude empezar a conocerlos/as. También, me compré y descargué, en traducciones dudosas, esos libros que iban nombrando en sus videos de *YouTube* y en las charlas conmigo.

Este capítulo, entonces, buscará dar respuesta a algunas de esas preguntas que, cuando los/as conocí, me hacía. En principio, repondré algunas discusiones teóricas y metodológicas que emergen en los estudios de la lectura. Es decir, repasaré las perspectivas desde las cuales se indagan las prácticas de lectura y propondré un camino de exploración posible. Más adelan-

te, repondré los debates que se desatan en la academia y en la opinión pública respecto de la literatura juvenil. En tercer lugar, compartiré los testimonios de tres de los/as jóvenes con los/as que me entrevisté, sabiendo que no son expresión de “la” juventud, pero cuyas experiencias nos permiten articular algunos interrogantes respecto del modo de estar siendo de algunos/as jóvenes en la actualidad y, en particular, la forma en que habitan la lectura. Finalmente, intentaré poner en común esas experiencias particulares con una reflexión en torno a las posibilidades que las producciones culturales, en este caso literarias y de circulación masiva, habilitan en la vida cotidiana de los sujetos.

Del texto a la(s) lectura(s)

Cuando queremos estudiar producciones literarias se abren tres espacios posibles de indagación. Por un lado, las condiciones sociales de producción de las obras, entendidas como las relaciones de la literatura con otros campos sociales, así como también la organización del campo literario: sus instituciones y formaciones culturales, las posiciones que ocupan los/as autores/as, sus trayectorias y vínculos de sociabilidad. En segundo lugar, la puesta en forma de los textos literarios, es decir, las maneras de hacer literarias las elecciones formales y genéricas dentro del “espacio de posibles” (Bourdieu, 1992) de una época y lugar dados que refractan el mundo social. Por último, las condiciones de circulación y apropiación de las obras literarias, así como sus usos dentro o fuera del campo literario (Sapiro, 2016).

Estas tres dimensiones se vieron, en reiteradas ocasiones, reducidas al análisis “textualista” de las obras. Esto es, explicar su sentido a partir de analizar el texto escindido de las condiciones de producción en las que se inscribe, así como de los modos en que circula y es apropiado. Creemos que el sentido de una obra literaria no se reduce a lo que dice el texto o a las intenciones que tuvieron los/as autores/as cuando la escribieron. Para comprenderla en toda su complejidad es necesario ir más allá de sus bordes, recuperar las condiciones contextuales en las que emerge e inscribirla en un objeto material –el libro en papel, la fotocopia anillada, el e-book o el archivo PDF– que circula en distintos espacios y es apropiada por los sujetos que la leen.

Desde esta perspectiva, que se reconoce como materialista y cultural, la literatura se desplaza de ser considerada un producto para pensarla como una producción, como una práctica, que asume su carácter social como rasgo interno (Williams, 1981). Dicho de otro modo, las producciones de la cultura no se consideran “objetos”, sino más bien prácticas sociales en las que intervienen sujetos y son condicionadas por posibilidades históricas.

Llegado a este punto, nos detendremos en las prácticas de lectura como dimensión constitutiva de “la literatura”. La lectura se ha construido como objeto de estudio de numerosas investigaciones no sólo dentro de los estudios literarios, sino también dentro del campo de la pedagogía, de la historia, de la sociología y de la comunicación. La sociología de la cultura de origen francés, sobre todo, le ha dado un lugar privilegiado. Autores de vasto reconocimiento como

Pierre Bourdieu, Roger Chartier y Bernard Lahire han hecho aportes significativos para pensar estas prácticas. A su vez, el Ministerio de Asuntos Culturales de Francia tiene una larga trayectoria como productor de datos acerca de las prácticas culturales de los/as ciudadanos/as franceses. Desde comienzos de la década de 1970, realizó una serie de encuestas para medir la implementación de políticas de democratización de la cultura. “Hacer accesibles las obras capitales de la humanidad, y en primer término las de Francia, a la mayor cantidad posible de franceses” es el lema que se mantiene en este Ministerio⁴ (Lahire, 2004, p.10). Muchas de las investigaciones que se han hecho en torno a la lectura parten de analizar estos datos y, por tanto, asumen una perspectiva cuantitativa.

A partir del análisis estadístico, el propio Ministerio construyó una clasificación de lectores/as de acuerdo con la cantidad de libros que los/as franceses leían por año. Así, quienes no leían ninguno fueron denominados “no lectores”; quienes leían entre uno y nueve libros, “poco lectores”; quienes leían entre diez y veinticuatro libros, “medianos lectores”; y quienes leían más de veinticinco, “grandes lectores”⁵. Estos números pueden mostrarnos una fotografía, a gran escala, de un momento particular de la lectura de libros en Francia. No obstante, no nos dicen nada respecto de la lectura de otros tipos de soportes, como así tampoco de quiénes son esos/as lectores/as y en qué condiciones leen.

Varios/as autores/as, como el sociólogo francés Bernard Lahire y la antropóloga de origen argelino Joëlle Bahloul –a quien el Ministerio de Asuntos Culturales de Francia le encargó hacer un análisis cualitativo de las prácticas de lectura para complementar los datos obtenidos en las encuestas–, han puesto en cuestión este modo de abordaje de la lectura, así como también las interpretaciones hechas al respecto. Lahire (2004), por caso, pone en duda que un aumento de los/as “poco lectores/as”, aquellos/as que leen menos de nueve libros por año, pueda explicarse en términos de una “decadencia cultural”. En cambio, se pregunta:

¿Los encuestados están en condiciones de recordar fácilmente todo tipo de lecturas, por ejemplo, largas, cortas, regulares, ocasionales? ¿Son capaces de “confesar” indistintamente todas sus lecturas, desde las más “serias” hasta las más “livianas”, desde las más legítimas hasta las más ilegítimas?” (Lahire, 2004, p.11)

En este planteo emerge un cuestionamiento respecto de la validez de la herramienta metodológica utilizada. Es decir, nos advierte, como ya lo había hecho Bourdieu, que en las respuestas que dan los/as encuestados/as intervienen mecanismos de legitimación cultural: respondemos lo que nos resulta más “legítimo”. Así, aquellas lecturas “vergonzantes”, que no re-

⁴ Podríamos preguntarnos, aquí, por el sentido que el Ministerio de Asuntos Culturales les da a esas “obras capitales”. Es decir, el gesto de legitimación y construcción de un canon con ciertas obras que considera de mayor jerarquía cultural que otras y que, por lo tanto, merecen ser accesibles a toda la población. ¿Cuáles son esas obras? ¿Por qué merecen circular? ¿Qué es considerado “cultura” para el Ministerio?

⁵ Se decidió, aquí, mantener el uso de género masculino para respetar la denominación oficial de estas categorías.

conocemos como propias, no las enunciamos. Entonces, la clasificación como “poco lector/a” puede ser relativa ¿Qué pasaría si tuviésemos en cuenta otras lecturas?

En la misma línea, Bahloul (2002) ya había advertido que poner la mirada en la cantidad de libros leídos no nos permitía conocer a los/as lectores/as. Para eso, en su libro *Lecturas precarias*, se centra en los/as “poco lectores/as” y reconstruye la biografía lectora en relación con la biografía familiar y educativa, la socialización de la lectura y la representación que estos/as lectores/as tienen del libro y de la lectura. La realización de entrevistas a un grupo de ellos/as le permitió tomar distancia de la esencialización de los sujetos en tanto “poco lectores/as” y afirma, en cambio, que es una posición contextual que se relaciona con las trayectorias de vida de cada uno/a. A su vez, ve que el acceso a esos “pocos” libros no fue en instituciones formales –la escuela, la biblioteca–, sino gracias a la recomendación de conocidos/as y de la promoción que hacían las redes comerciales y los medios de comunicación.

Del mismo modo, advierte que, para estos/as lectores/as, la lectura era una práctica que realizaban en el tiempo de ocio y no la consideraban válida como la lectura “auténtica” que hacían las “personas de cultura”. Es decir, reducían la condición de lectura a aquellas obras canonizadas de la cultura francesa que producían un goce estético “elevado”. En este marco, también se anudaba la lectura al objeto libro, por lo que todos aquellos soportes que no lo eran –periódicos, revistas, folletos– perdían validez. Bahloul muestra, en este sentido, que considerar el libro como único parámetro de medición de la lectura, tal como lo construía el Ministerio de Asuntos Culturales en las encuestas y que reproducían los/as “poco lectores/as”, refuerza un sentido legitimista de la cultura y esconde otras formas de habitar la lectura. Tal como afirma Papalini (2012) “fuera del círculo áureo del canon, no sólo la clasificación de la literatura se vuelve dudosa; también la práctica de la lectura es puesta en cuestión” (p.6). Dicho esto, podemos indagar en las prácticas de lectura de textos que circulen en libros siempre y cuando tengamos en cuenta que no es la única forma de leer. La lectura, afirma Chartier (1999), es una práctica que se ejerce frente a textos, entonces el libro es un soporte más entre otros posibles (p.200).

Ahora bien, ¿a qué hacemos referencia cuando hablamos de leer? ¿Qué implica esa “práctica que se ejerce frente a textos”? Los estudios que investigan la lectura se han preocupado por delimitar un campo de significaciones en torno a esta categoría. Durante mucho tiempo, se nos dijo que la lectura era una actividad mental, es decir, una “operación abstracta del intelecto” (Chartier, 1994, p.8), como si sólo tuviese que ver con el “discernimiento y la superación intelectual, cualidades vinculadas a la razón, el pensamiento y la agudeza de la interpretación” (Lahire, 2004 p.139). Esta creencia devino en que la lectura se redujera a unos pocos rasgos esenciales: se trata de comprobar la “comprensión lectora”; se le niega su carácter corporal; se entiende como un momento pasivo, como una “pérdida de tiempo”; se opone al hacer, a la actividad laboral, al tiempo productivo; se circunscribe al espacio de ocio, de vacaciones o antes de dormir; y se lo atribuye a las mujeres porque pasividad, en una cadena de significados, se asocia con lo femenino (Papalini, 2012).

Si la lectura, desde esta perspectiva, es una actividad pasiva, los sujetos que la ejercen también lo son. Dicho de otro modo, la lectura produce sujetos pasivos y son los textos, omnipotentes, los que hacen todo el trabajo. Al contrario, de Certeau (1996) propone que los/as lectores/as sean vistos/as como “cazadores/as furtivos/as” dado que se escuden dentro del texto; son intrusos/as en una tierra que no es propia, y aun así pueden tomar lo que necesitan sin ser descubiertos/as. A tientas, pueden seleccionar, interpretar, reelaborar y reimaginar lo que hay allí. La lectura se constituye en un proceso creativo porque ella hace que el texto exista: crea, de alguna manera, un texto nuevo. Así, nos desplazamos del interés por denunciar los efectos que los textos producen en los/as lectores/as, meros receptáculos de su fecundidad, a considerarlos/as actores creadores/as de sentido. “Considerada así –afirma de Diego (2012)–, la lectura no se limita a descifrar signos, sino a extraer sentidos de los textos leídos” (p. 83).

Ahora bien, hablar de “extraer sentido” sigue circunscribiendo la lectura en un campo semántico que la vincula con una actividad racional. Es cierto que, cuando leemos, interpretamos un texto y completamos su sentido. Es cierto, también, que nos pasan muchas cosas más: lloramos, nos enojamos, recordamos una situación, nos identificamos con un personaje. Por eso, decimos que los/as lectores/as comprenden los significados de un texto y, además, los sienten. La propuesta, entonces, es poder pensar la lectura en relación con los afectos y los sentimientos. Las sensaciones, dirá Littau (2008), son la otra categoría a través de la cual los/as lectores/as se vinculan con la literatura. Este lugar que elegimos transitar nos invita a desplazarnos, nos invita a realizar un abordaje que se pregunte menos por lo que los sujetos entienden de un texto o por el capital cultural que incorporan en el acto de leer y más por lo que sienten cuando leen. Esto es construir una perspectiva de análisis de las formas culturales que se pregunte por el carácter afectivo que participa en ellas (Benzecry, 2012).

Asumir esta perspectiva no es gratuita. Sabemos que, históricamente, las emociones fueron negadas o bien circunscriptas al ámbito privado, al espacio doméstico, allí donde también se ubicó a las mujeres. Sabemos, también, que ciertas zonas de la producción cultural no gozan de reconocimiento y son construidas como espacio residual, en los márgenes de la politicidad y de la legitimidad cultural. ¿Qué sucede, en este marco, con la literatura que leen los/as jóvenes?, ¿cómo son vistos/as, más allá de mis prejuicios iniciales, los/as jóvenes que encontré en la Feria del Libro?

“Un globo marketinero muy berreta”

Los/as jóvenes no siempre leyeron literatura juvenil porque no siempre hubo textos que se escribieran para ellos/as. Fundamentalmente, porque la niñez y la juventud no contaban con un estatuto propio: eran vistos/as como adultos/as en menor escala. Los cuentos que hoy consideramos paradigmáticos de la Literatura Infantil y Juvenil (LIJ), aquellos que compilaron Giambattista Basile, Charles Perrault, los hermanos Grimm y Hans Christian Andersen, no fueron publicados originalmente para niños/as y jóvenes, sino para un público lector adulto.

En este sentido, la literatura previa al siglo XVIII más que literatura infantil y juvenil, es considerada un conjunto de materiales literarios que estaba al alcance de los/as más pequeños/as y jóvenes (Valriu, 1998, p.25).

Fue después de ese momento que, en Inglaterra, se comenzó a conformar un mercado de literatura infantil, sobre todo porque se empezó a pensar a la infancia como un momento específico de la vida y porque emergieron actores que trasladaron esta perspectiva al campo editorial⁶. Estas historias que comenzaron a publicarse, como las que siguieron en el siglo XIX, eran nuevas versiones de esos cuentos para adultos/as, muchos de los cuales tenían contenido sexual y erótico, que fue omitido. Conforme avanzó el siglo XX, éstos se siguieron transformando bajo la influencia de las versiones victorianas y de los estudios de Walt Disney, que los llevaron al cine en forma de dibujos animados. Lo que predominaba, en estas versiones, era una tendencia pedagógica y moralizante propiciada por los/as adultos/as que se erigían como tutores/as de los/as niños/as (Garralón, 2017).

Los estudios que definen la literatura infantil y juvenil en la actualidad coinciden en que, para que una obra se inscriba dentro de este género, tienen que poder identificarse tres dimensiones: a) *lo literario*, es decir, que sea una obra que tenga carácter estético literario; b) *los/as destinatarios/as*: que sean escritos para niños/as y jóvenes, y que, por tanto, haya una adecuación a sus intereses y usos de la lengua; c) *lo educativo*, esto es que se introduzca a los/as niños/as y jóvenes en el reconocimiento de las formas literarias y en los saberes sociales (Min-guez López, 2012).

También están quienes afirman que la literatura orientada a la infancia y la adolescencia se configura entre dos espacios supuestamente opuestos: la escuela y el mercado. La escuela sería la institución que hace circular obras “portadoras de cultura” y es la que construye el canon de los “buenos libros” (Nieto, 2017, p. 143), de los libros que “contribuyen a la formación de un plafón cultural de los educandos” (Moro, 2014, p.112). El mercado, en cambio, se articularía a partir de considerar la literatura como una mercancía, haciendo que los libros sean “artefactos vacíos”. Desde esta perspectiva, a la literatura comercial –como si la literatura que se lee en las escuelas no se produjera y circulara dentro de las lógicas del mercado– se le niega su carácter literario y es nombrada como una “paraliteratura”, “mediocre” y sin estándares de “gusto y calidad” (Lluch, 2003, p. 217). Esta pretendida oposición entre mercado y cultura lo que hace es construir una jerarquía simbólica entre unos libros y otros, negando su carácter dual: el libro es a la vez económico y simbólico (Bourdieu, 2000; de Diego, 2012). Ahora bien, decir esto no niega que una de estas perspectivas pueda prevalecer sobre la otra y que, cuando la mercantil lo hace, podamos estar frente a procesos de concentración editorial que le quitan posibilidades a la bibliodiversidad.

En los últimos años, gracias a la publicación de sagas como *Harry Potter*, de J.K. Rowling, y *Crepúsculo*, de Stephenie Meyer, y sus posteriores adaptaciones cinematográficas, se ha

⁶ Por caso, el editor y librero inglés John Newbery concibió a los/as niños/as como un público específico y editó libros para ellos/as a un precio accesible (Garralón, 2017).

abierto un nicho de publicación de novelas juveniles o *Young Adult (YA)*, que se separan del siempre compañero adjetivo “infantil”. Los propios actores del campo editorial dan cuenta de esta apertura. Por caso, Cristina Alemany, que trabajó como editora en el sello #Numeral, como directora editorial de V&R Editoras y que es, actualmente, la coordinadora de Actividades Juveniles de la Fundación El Libro, cree que estas sagas formaron un público lector nuevo que empezó a demandar mayor producción literaria. Dice Alemany:

Estamos viviendo, por suerte, desde hace 20 años, con *Harry Potter*. Empezó a haber una o dos generaciones de lectores distintos, que piden otro tipo de libros y que se encontraron que, después de leer *Harry Potter*, querían seguir leyendo y ¿con qué seguían? No había demasiado. Estaba *El Hobbit*, estaba *El señor de los anillos*. Entonces, toda esta literatura juvenil vino un poco a llenar ese vacío de una franja de edad que, además, cada vez se amplía más, porque antes parecía que iba de los 14 a los 18, y ahora puede empezar a los 11, 12 y capaz seguir hasta los 30. Es muy amplia⁷.

La demanda por parte ese nuevo público lector juvenil, que se fraguó con *Harry Potter* y *Crepúsculo*, se traduce en una mayor cantidad de títulos editados en Argentina dentro de este género⁸: de acuerdo con los datos de la Cámara Argentina del Libro, los libros juveniles rondan entre el 13% y el 15% del total de las publicaciones comerciales en papel en Argentina (Informe de producción del libro argentino, 2018). Esto se materializa en que ganen espacios en las librerías, con estanterías y mesas propias; que se organicen más presentaciones de libros, charlas con escritores/as y eventos en el marco de la Feria Internacional del Libro de Buenos Aires –como el Encuentro Internacional de *Booktubers*, el Encuentro Internacional de *Bookstagramers* y la Convención *blogger*– o en Ciclos como Clave 13/17⁹. También que los medios de comunicación se hagan eco de “la movida juvenil” y le dediquen notas e, incluso, secciones como es el caso de #LectoresEnRed, sección del diario *La Nación* en su versión en línea.

En estas notas, en las que se recuperan las voces de editores/as y de jóvenes lectores/as, se describe tanto la producción literaria juvenil de circulación masiva –se ha llegado a afirmar que es el sector que está “salvando” el mercado editorial en el marco de una fuerte recesión en la producción editorial argentina de los últimos años (Rocca, 2017)– como de las prácticas que los/as jóvenes realizan. En ellas, pero sobre todo en el espacio que se abre para que los/as

⁷ Fragmento de una entrevista realizada en marzo de 2019 en el marco de una investigación más amplia entorno a la lectura de novelas románticas de circulación masiva. Esta investigación es financiada por CONICET a través de una beca doctoral.

⁸ Cabe aclarar que en los últimos años se produjo un fuerte descenso en la producción de libros en Argentina: de 129 millones de ejemplares que se editaron en 2014 pasó a editarse 43 millones en 2018. Dentro de este contexto, lo que decimos es que creció la publicación del género juvenil respecto de otros.

⁹ Clave 13/17 era un ciclo que, hasta el aislamiento obligatorio que impuso la pandemia por Covid 19, tenía lugar todos los fines de semana en el Centro Cultural Recoleta, en CABA, y estaba destinado a chicos/as entre 13 y 17 años. Se organizaban recitales, talleres, charlas, obras de teatro y exposiciones de arte. Una de sus secciones era Libro clave, dentro de la cual se realizaban presentaciones de libros, firmas de ejemplares, charlas con escritores/as, *bloggers*, *booktubers* y *bookstagramers*.

lectores/as del diario dejen comentarios, se ponen en tensión las dimensiones culturales y económicas de las que venimos hablando. La nota “¿Quiénes son los booktubers? La nueva tendencia teen que dinamiza al mercado”, publicada el 27 de julio de 2014, dio lugar a un caluroso intercambio entre lectores/as del diario y jóvenes *booktubers*. Recuperamos, aquí, algunos de los comentarios realizados por adultos/as:

No dicen nada sobre el contenido de los libros, sólo te los muestran y te recomiendan que los compres. Un globo marketinero muy berreta y, como siempre, copiado de USA.... (*Moyanoluc*).

Si jóvenes de 17 años “comentan” libros de *Harry Potter*, la saga de *Crepúsculo* y *Bajo la misma estrella*... no me parece que vayamos por buen camino. Me parece fantástico que lean (¡nada hay mejor que la lectura!), pero creo que a su edad esa literatura viene a ser lo que a mis diecisiete era el famoso “Mi mamá me ama”. Creo que están en una etapa de la vida para autores más comprometidos, más iniciáticos. Hesse, Lovecraft, Poe, Shakespeare, quienes tienen historias fascinantes para esa edad y mucho más inteligentes. Les explotarían el coco y no los masificarían como pretenden las editoriales para hacer negocios (*lilyramos*).

Que haya chicos que lean es buenísimo. Pero por qué no sugerirles que lean y comenten obras que, por su calidad, son patrimonio de la humanidad. ¿Se atreverían a comentarles a sus seguidores, por ejemplo, *Los Miserables*, de Víctor Hugo (que no es Morales); o *El Quijote* o el *Martín Fierro*? A la iniciativa de leer, le agregarían calidad (*orlando7846*).

Soy una madre orgullosa de su hijo, es uno de los que leen, pero no literatura basura como él dice. Lee los clásicos tanto en inglés como en castellano. Los libros que no se encuentran en el país, y que son muchos, los manda a pedir a Londres. De su curso, es sólo el que lee y para él las librerías o las bibliotecas son el paraíso. Como padres, lo mejor que podemos legarles es el estudio y su poder de discernimiento. Me alegro enormemente leer este tipo de notas. No todo está perdido (*juana98*).

Al cruce de estos comentarios salieron algunos/as *booktubers* que habían sido entrevistados/as por la periodista, autora de la nota, y jóvenes lectores/as que no estaban de acuerdo con lo que se sostenía en esos dichos:

@orlando7846 Creer que porque un libro es un clásico es bueno es tan retrógrada como creer que toda la literatura que consumen los jóvenes es basura. Le está pidiendo a los jóvenes lo que no hacen los adultos. Quizás, habría que buscar algo intermedio entre el arte pesado y los best-sellers, “novelas de transición”. Quiero creer que usted, a los 16 años, no había leído *Los Miserables* o *El Quijote* completos, ¿o sí? (*juliansuperstar*)

Hola, estuve viendo los comentarios y no me resistí a contestarles a la mayoría en forma “general”: No importa qué leamos, lo importante es leer y no estar “vagando” o haciendo cualquier cosa por ahí. Al menos, tenemos un hobby tranquilo, que no hace mal a nadie y que puede llegar a inspirar/estimular a otros jóvenes a leer. En mi caso, yo amo la fantasía y la ciencia ficción, y eso no me hace menos culta (porque parece que todos hablan ahora de que la juventud está perdida porque, para desconectar, decidimos leer un libro como *Bajo la misma estrella*, que si lo leyeran verían que está lleno de mensajes y enseñanzas. O sea, ¿se dan cuenta de que están criticándonos por leer un libro que ustedes consideran “malo” o para gente “lenta”?... Por lo menos leemos, que es un hábito que se está perdiendo (...). (CarlaDente).

(...) Leer un clásico o no, no te hace mejor persona, ni más culto/a. Yo, si quiero, puedo leerme 100 clásicos, no comprenderlos y sigo siendo igual que antes, solo que puedo decir “Ay, yo leí 100 clásicos”. Parece que acá nadie escuchó nunca hablar de la lectura por placer o por diversión, solo hay que leer para “culturizarse”. “Si te querés divertir, mirá Tinelli” me dijeron una vez... (...) (Matias_gb)

En los comentarios de unos/as y otros/as podemos encontrar, resumidos, los argumentos que giran en torno a la literatura juvenil. El reclamo, por un lado, de que los/as jóvenes lean otro tipo de literatura, menos “berreta”, menos “basura”, “más comprometida”, “patrimonio de la humanidad”. Por otro, que la canonización de algunas obras, su conversión en “clásico”, no es sinónimo de calidad, así como tampoco su pertenencia al mercado es presunción de falta de ella. Cuando, en el último de los comentarios recuperados, el usuario Matias_gb –nombre en línea del *booktuber* Matías Gómez– introduce la dimensión del placer y la diversión para hablar de la lectura, nos está mostrando otras formas de leer que se nos escapan si nos quedamos en la discusión acerca de la calidad de las obras literarias. Es decir, el gesto legitimista, que no ve más que mala calidad, argumentos que se repiten y personajes estereotipados en la literatura de circulación masiva, obtura la posibilidad de pensar en prácticas de lecturas agenciadas, es decir, prácticas de lectura creativas y creadoras.

Siguiendo la propuesta de Dalmaroni (2011) preferimos desplazarnos de la pregunta por “las determinaciones civiles e interesadas que han consagrado a un libro, una obra, un autor” a la pregunta por “lo que la literatura puede y efectúa” (p.6). En este sentido, no es la intención, aquí, hacer un juicio de valor estético de las novelas que los/as jóvenes leen, sino de reconocerlas como producciones que se entrelazan con sus trayectorias de vida y les permiten estar siendo jóvenes de formas particulares.

A continuación, entonces, nos detendremos en las prácticas de lectura de tres jóvenes que viven entre la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y el Gran Buenos Aires para responder lo

que, al inicio del capítulo, nos preguntábamos: ¿quiénes son “los/as jóvenes” que leen? ¿Qué significan y sienten cuando leen?

“Decime que tenés el segundo para prestarme”¹⁰

Lucía tiene 28 años, estudió Abogacía en la Universidad de Buenos Aires y trabaja, actualmente, en un estudio jurídico del microcentro porteño. Vive en Lanús, con su mamá y su hermana menor. Se define como feminista, asexual y *potterhead*, es decir, fanática de la saga *Harry Potter*, de J.K. Rowling.

Hay dos experiencias que, según cuenta, la marcaron como lectora cuando era aún niña. La primera, cuando tenía 7 años y leyó el primer capítulo de una novela en el manual de la escuela. Quería saber qué les pasaba a los personajes, así que le pidió a su mamá que le consiguiera el libro. *La sonada aventura de Ben Malasangüe*, de Ema Wolfe, lo encontró en la biblioteca del barrio. Ese fue el primero de muchos libros que encontró allí. La segunda, cuando un año después quiso sacar de la biblioteca de la escuela *El sabueso de los Baskerville*, de Arthur Conan Doyle, y la maestra no se lo permitió porque no tenía dibujos. A pesar de la negativa de la docente, Lucía insistió para poder llevárselo: quería leerlo aún si no tenía dibujos, si no le gustaba o si le aburría. No quería que nadie le prohibiese un libro.

De adolescente sentía que no había historias para su edad, así que leía los libros infantiles de su hermana menor o las novelas de policial negro que formaban parte de la colección El séptimo círculo¹¹ que leía su papá. “Pasé de leer *El pequeño vampiro*, con los vampiritos de ocho años que pelean con el cuidador del cementerio, a leer a Big Malo peleándose con toda la mafia de los barrios bajos de Nueva York”, recuerda y agrega “tremendo, hice un salto muy grande”. En la biblioteca de su casa, también estaba el *Martín Fierro*. Cuando se lo pidieron en la escuela, ya lo había leído dos veces. En una clase, corrigió a su profesora de literatura porque estaba citando mal los primeros versos: “empezó a recitar y la tuve que parar y decirle ‘no es así, lo está recitando mal’”.

Cuando tenía quince años, una compañera de la escuela le prestó el primer libro de *Harry Potter*. Volvió al otro día y le dijo “decime que tenés el segundo para prestarme”. Se había quedado toda la noche leyéndolo. Al tercer libro, lo pidió como regalo de su próximo cumpleaños, pero sus padres no lo consiguieron; le regalaron el cuarto. “No podía leer el cuarto –dice–, así que compramos el tercero en una librería de saldos, que me acuerdo que venía con un par de

¹⁰ Los fragmentos que, a partir de aquí, se comparten pertenecen a entrevistas que fueron realizadas entre febrero y marzo de 2019, en el marco de una investigación más amplia, cuyos datos se consigna en la nota 5.

¹¹ Es una colección de novelas policiales dirigida por Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares. Se publicó entre 1945 y 1983, período en el cual se editaron 366 volúmenes con una tirada promedio de 14.000 mil ejemplares por parte de la editorial Emecé. Hasta el volumen 120, la selección de los títulos estuvo a cargo de Borges y Bioy Casares; luego, del editor Carlos V. Frías.

páginas en blanco y era como ‘me tengo que imaginar qué está pasando’”. Al quinto y sexto se lo regalaron para otro cumpleaños, los dos juntos. Los leyó en tres días y medio. El último lo leyó antes de que se publicara en Argentina. Había conseguido descargar una “traducción pirata”, como la nombra, en un foro español y lo leyó desde la computadora, también hasta la madrugada. “Eso era yo, la loca que iba [a la escuela] con un libro sin dormir y no hablaba con nadie”, concluye.

Después, empezó a cursar Abogacía y a trabajar. Ya no tenía mucho tiempo para leer novelas fantásticas. De vez en cuando se compraba algún ejemplar en una librería de saldos de la avenida Corrientes y lo leía en los viajes entre su casa y el trabajo. En una de esas recorridas por las librerías de Corrientes, hace tres años, vio un libro que le llamó la atención: *Dos chicos besándose*, de David Levithan. En ese momento ya se reconocía como asexual y le interesaba la temática LGBTTIQ+. Cuando leyó ese título, no dudó en comprárselo. Ese libro, asegura, “me abrió las puertas a lo que es mi vida hoy”.

“Lo tienen bien domado a este”

Tom tiene 15 años, nació en Inglaterra y actualmente vive en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Está cursando 4º año de la escuela secundaria, en donde participa del Centro de Estudiantes. También, estudia danés de forma autodidacta. Sus intereses se dividen entre la política internacional, los idiomas y la literatura. Si está de vacaciones, puede leer entre diez y quince libros mensualmente; a los once años, llegó a leer cuarenta en un mismo mes. Cuando va a la casa de su papá, que vive en San Isidro, elige el medio de transporte que más tarde en llegar así puede tener más tiempo para leer.

Cuando era niño, sus padres le leían cuentos porque querían generarle un hábito lector que no habían podido lograr con sus dos hermanas mayores. A los ocho años, empezó a leer por su cuenta libros recomendados para su edad. De todos modos, siente que realmente empezó a leer cuando conoció *Harry Potter*. Leyó el primero y el segundo, aunque no se sentía tan “enganchado” como le pasó con los siguientes. “Los devoré”, recuerda entusiasmado. Además, leyó todos los libros relacionados con la saga que se publicaron después. Hoy, tiene una sección de su biblioteca dedicada a ella: tiene cuarenta y ocho libros de *Harry Potter*, que incluyen una edición en alemán, una en francés, una en italiano, una en ucraniano y tres ediciones en inglés de cada libro de la saga. Ahora, quiere comprarse una edición en danés y poder leerla en ese idioma.

A los diez años, su mamá le dio *Crimen y castigo*, de Fiódor Dostoyevski, para que leyera. Lo empezó a leer pero no lo entendía del todo, así que lo dejó. Luego de esta lectura inconclusa, conoció *booktube* y, como consecuencia, “descubrió” la literatura juvenil. Lo que más le gusta de esta literatura es que puede identificarse con los personajes y, aunque reconoce que no son libros “increíbles”, que quizás no se conviertan en clásicos, a Tom le permitieron cons-

truirse un hábito lector. En este sentido, la lectura, para él, no es un castigo o un “hábito de viejos”, sino que es una práctica que disfruta.

Me acuerdo de una vez que estaba en el colectivo, leyendo un libro de historia, de Enrique VIII, y escuchaba que unos viejos decían “lo tienen bien domado a este, viste que es difícil hacerlos leer a los pibes”. Y la verdad que a mí siempre me leyeron, me gusta leer, no es que me tienen domado. Yo disfruto y eso es lo que me molesta, que se crea que leer es un hábito para viejos, incluso dentro de los jóvenes.

En el verano de 2019 empezó a escribir una novela fantástica con personajes que recupera de la mitología nórdica, inuit y celta. Es una fantasía que plantea un mundo paralelo y medieval, una mezcla entre *Las crónicas de Narnia*, de C. S. Lewis, y *El señor de los anillos*, de J. R. R. Tolkien. “Yo estoy viviendo en tres mundos a la vez: en el mundo real, en el del libro que estoy leyendo y en el del libro que estoy escribiendo”, dice cuando habla de su novela y agrega “es hermoso porque es así como me voy metiendo en tres distintas vidas y, cuando me canso de una, me voy a la otra”.

“Este personaje es mucho mejor”

Marina tiene 19 años y vive en La Boca con su familia. Estudia Traductorado de inglés en la Universidad de Buenos Aires y, a veces, da clases particulares de ese idioma. Empezó a leer cuando era muy chica, a los cinco años. En ese momento leía libros infantiles acordes a su edad. A medida que fue creciendo, siguió leyendo literatura infantil, “esos libros de Alfaguara que dicen ‘para chicos de ocho años.’” Durante su adolescencia, no sabía qué podía leer: no encontraba libros para esa etapa vital. Hasta que conoció un grupo de chicas que, en los recreos, se juntaba a hablar de libros. “Fueron ellas –recuerda– las que me mostraron los libros nuevos que habían salido.” Empezó leyendo *Los juegos del hambre*, de Suzanne Collins; siguió con *Hush Hush*, de Becca Fitzpatrick, y con *Maravilloso desastre*, de Abby Abernathy.

Estos encuentros espontáneos en los recreos no alcanzaban a ser un club de lectura: no se ponían plazos para leer, no acordaban cuándo juntarse a debatirlos ni leían el mismo libro a la vez. Lo que hacían era recomendarse lecturas y prestarse los libros que cada una tenía. Mientras lo leían, lo comentaban. “Este capítulo me causó muchas cosas”, “este personaje es mucho mejor” o “a mí me gustó más esta parte”, era usual escuchar entre sus charlas. Luego de dos años el grupo se disolvió, así que decidió crear un *blog* y, posteriormente, un *bookstagram*. Allí, puede hacer lo mismo que hacía con sus amigas en los recreos: recomendar libros y hablar de personajes. “Hay libros que yo no tenía ni idea que existían y que gracias a *bookstagram* y la gente que conocí me daba cuenta y decía ‘ah, mirá este’ y trataba de conseguirlos o los pedía prestado”.

Con otros/as usuarios/as de *Instagram* que, al igual que ella, suben fotos de los libros que leen, organizan el juego del amigo/a invisible. Cada uno/a arma una lista de libros que les gustaría recibir como regalo. Lo hacen en julio, precisamente, para celebrar el día del amigo/a. Durante la “Macrisis¹²” debieron suspenderlo ya que les resultaba “medio complicado comprar los libros.”

“Leer era mucho mejor si yo tenía la posibilidad de compartirlo con alguien”

En estas breves biografías lectoras nos encontramos con jóvenes que, desde niños/as, tuvieron cercanía con la literatura. En parte, se debe a la presencia de bibliotecas en sus casas de donde podían extraer libros y, en parte, a las intenciones de sus padres y madres de fomentar un hábito lector leyéndoles o regalándoles libros infantiles. A su vez, reconocen que, a medida que fueron creciendo, tuvieron dificultades para encontrar textos apropiados para su edad: ya no eran niños/as para seguir leyendo libros infantiles, aunque tampoco les atraía empezar a leer literatura “adulta”. En esa búsqueda, aparecen lecturas iniciáticas, es decir, lecturas que marcan una frontera entre el modo de leer que tenían hasta el momento y el modo de leer que tienen ahora. Esa frontera está dada, principalmente, por la “voracidad” con la que leen. *Harry Potter*, principalmente, y también otras sagas como *Los juegos del hambre*, se constituyeron en los primeros libros que desvelaron a estos/as jóvenes. Después de estas lecturas vinieron todas aquellas que se ubican bajo el amplio arco de “literatura juvenil”.

Cuando Lucía encontró *Dos chicos besándose* en una librería de la calle Corrientes, hace tres años, lo compró inmediatamente. Después de leerlo, empezó a buscar otros libros de la misma editorial y a “descubrir” recomendaciones en redes sociales. En esa búsqueda, se “cruzó” con el *blog* de Meli Cobetto –Lee, sueña, vuela– y sintió que se le “abrió todo un mundo.” Los primeros libros que compró después de haber leído *Dos chicos besándose* fueron por recomendaciones de ella. Durante un tiempo, se guió por las reseñas que hacían *bloggers* que tenían sus mismos gustos. “Cuando terminaba de leer un libro –recuerda– iba y le lloraba a mi mamá y le decía ‘no sabés lo que hizo este autor’”. Se dio cuenta, entonces, que ella también tenía muchas cosas que decir de un libro y decidió abrirse un *blog*. “Todo el mundo tiene un *blog*, no cuesta nada”, pensó en ese momento. Ahora sabe que “es todo un laburo”.

Gracias a su *blog*, como a sus cuentas en *Twitter* e *Instagram* que abrió posteriormente, “conoció un montón de gente” y asegura haber dejado de ser “una completa *loner*¹³ que no hablaba con nadie.” Según sus palabras, en esas redes sociales, son todos/as fans de libros,

¹² Juego de palabras entre el apellido “Macri”, ex presidente de la Nación Argentina, y “crisis”. Se utiliza para hacer referencia a la situación económica del país durante su gobierno, que comenzó en 2015 y finalizó en 2019.

¹³ Expresión que viene del idioma inglés y hace referencia a las personas a las que les gusta estar solas.

todos/as “frikis¹⁴” a los/as que les encanta leer y compartir lo que leyeron. “Así es como llegué a entablar relaciones”, dice con firmeza.

Tom tiene pocos/as amigos/as lectores/as. Le resulta difícil encontrar amigos/as que lean como él en su “círculo”. Es, en cambio, en las redes sociales y en eventos como en la Feria del Libro en donde puede encontrarse con jóvenes que comparten sus mismos intereses.

En el encuentro de *booktubers* estábamos aplaudiendo y haciendo juegos de libros y se pasa muy bien ese momento una vez al año porque te conectas con todos lectores. Ahí, empezamos a hablar [con una chica] y ahora hablamos por *WhatsApp* “¿leíste este libro?” Es muy lindo en cuanto a lo que logran las redes sociales, lo que logró *booktube*. Creo que las redes sociales logran eso, es interesante y está bueno.

Siente que “necesita” hablar con alguien de los libros que lee. Por eso, tiene un perfil en *Goodreads*¹⁵ y hace unos años se había abierto una cuenta en *YouTube*, en la que llegó a tener cuatrocientos suscriptores/as. La mantuvo durante un año y subió treinta y cinco videos. “En *booktube* –dice– uno necesita sacar todo. Tiene pocos amigos lectores, uno va y tiene que contar todo y lo cuenta. Yo hacía muchas reseñas cuando tenía el canal porque necesitaba hablar de un libro cinco, seis minutos.” Una vez sugirió, en un grupo de *booktubers* que se había creado en *Goodreads*, hacer una lectura conjunta. Decidieron leer *El fin de la infancia*, de Arthur Clarke, e invitaron a los/as suscriptores/as a sumarse: “Le ofrecimos a la gente leerlo con nosotros. Después vi que había veinte reseñas y ocho éramos los *booktubers*, así que yo creo que a algunas personas las hicimos leer”. Esta experiencia le resultó importante porque pudo compartir la lectura de un libro, hablarla, discutirla y saber la opinión de otros/as jóvenes.

Cuando Marina recuerda el grupo de amigas con el que hablaba de libros en los recreos, reconoce que fue esa experiencia la que le permitió darse cuenta de que siempre le había gustado leer, pero que era mucho mejor si podía compartirlo con alguien. “Me di cuenta que compartir mi opinión con la del resto era mucho mejor porque se creaba una conversación súper linda en base a un libro que me había gustado o quizás no, pero ya discutirlo, debatirlo era genial”. Cuando se disolvió ese grupo, no tuvo con quién compartir sus lecturas. Es por ello que decidió abrirse un *blog* y después una cuenta en *Instagram*.

Siente que allí encontró lo que había perdido y que logró formar un grupo amigos/as con otros/as usuarios/as. Con ellos/as puede recomendarse lecturas, compartir reseñas, regalarse libros, juntarse a tomar un café y quedarse varias horas hablando de literatura y de música.

¹⁴ La denominación “freaky” o “frikí” viene del inglés “freak” que significa extraño, extravagante, estafalario. Se convirtió en un término coloquial para referirse a las personas cuyos gustos y consumos culturales son inusuales o que se entregan a un consumo particular de manera apasionada.

¹⁵ *Goodreads* es una red social en la que se encuentran exclusivamente lectores/as para compartir sus itinerarios de lectura: marcan qué libros están leyendo, hacen una lista de los libros que esperan en sus bibliotecas para ser leídos, comentan y debaten los que ya leyeron, y los clasifican de una a cinco estrellas.

Más allá de lo que pueden discutir en relación con un personaje o la prosa de un/a autor/a, lo que más valora es que pudieron hacerse amigos/as:

Me hice muchos amigos que la verdad no pensé que iba a tener, sobre todo porque soy muy tímida, entonces generar un vínculo con alguien me cuesta mucho y la verdad con los chicos de *bookstagram* era eso, que necesitaba tener a alguien que entendiera mis gustos tanto de literatura como de música. Fue muy lindo poder encontrarme con ellos.

Los *blogs* primero, las cuentas de *YouTube* después y, más recientemente, las cuentas en *Instagram* y *Goodreads* fueron los espacios que encontraron estos/as jóvenes para hablar de sus lecturas. Por un lado, esto les permitió conocer la vasta producción literaria que se clasifica como juvenil y que circula mundialmente. En este marco, podemos decir que las prácticas de lectura no se refieren únicamente al momento en que estos/as jóvenes están leyendo, es decir, el momento en que están con el libro en la mano o deslizando el *mouse* por la pantalla, sino que la lectura implica tener en cuenta la relación que establecen con los textos. Así, la lectura se vincula estrechamente con su *disponibilidad* –la presencia física de los textos y la infraestructura para su distribución, es decir, su presencia en bibliotecas, librerías o plataformas digitales para descargarlos– y su *acceso* –las oportunidades para llegar a los textos a través de participar en eventos, de tener situaciones de intercambio con otros/as lectores/as y del conocimiento de la cultura escrita, de sus convenciones, sus procesos de significación y procedimientos de uso (Kalman, 2004, p.26). Entonces, más allá de la disponibilidad que había de novelas juveniles, estos/as jóvenes tuvieron acceso a ellas a partir del intercambio con otros/as en los recreos o en las redes sociales.

Por otro lado, este intercambio les permitió construir un espacio de socialización. Esto implica compartir con otros/as qué están leyendo, recomendar el último libro que leyeron, debatir en torno a un personaje o un género y, sobre todo, crear lazos que nos invitan a pensar la lectura como una práctica colectiva y compartida antes que individual, privada, silenciosa o en solitario. Tal como advierten los estudios que se encargaron de reconstruir la historia de las prácticas de lectura, ésta no se dio siempre del modo en que la conocemos hoy. La lectura silenciosa, por caso, empezó a promoverse a inicios de la Edad Media¹⁶ como un modo de profunda meditación y de devoción espiritual, facilitadas por algunas transformaciones en la escritura, como la separación de palabras y la inclusión de marcas de puntuación, como así también por algunas normativas como la de hacer silencio en las bibliotecas (Cavallo y Chartier, 1998; Lyons, 2012). El desplazamiento de una lectura oralizada a una silenciosa habilitó una apropiación individual y privada de los textos. No obstante, vemos que, si bien el momento de la lectura puede ser en

¹⁶ Investigadores/as como José Luis de Diego (2015) advierten que si bien se ha ubicado esta transformación entre los siglos XII y XIII, se trata de una “larga revolución” que implica un proceso paulatino y cuyas raíces pueden rastreadse mucho antes, incluso en la Antigüedad clásica. En lo que sí hay consenso es en considerar que la lectura silenciosa no es consecuencia de la invención de la imprenta (p. 86-87).

silencio y en privado, los sentidos y las sensaciones que ella genera desbordan las coordenadas de ese tiempo/espacio particular y se completan colectivamente en el encuentro con otros/as lectores/as. La lectura no es, por tanto, retomando a Chartier (1994), “solamente una figura de lo íntimo o de lo privado; también es cemento y expresión del vínculo social” (p.34).

“Es una oportunidad para cumplir tus sueños”

Las redes sociales les permitieron a estos/a jóvenes acceder a “todo un mundo” de libros, conocer otros/as lectores/as con sus mismos gustos y hacer que la lectura sea una práctica colectiva. Asimismo, al estar conectados/as hablando de literatura, se están constituyendo como referentes culturales para otros/as jóvenes. En este sentido, en el caso de los/as entrevistados/as –que representan a un conjunto de jóvenes, no a todos/as–, su identificación como lectores/as se inscribe en una trama en la que también son usuarios/as de redes sociales. Dicho de otro modo, su adscripción como lectores/as de literatura juvenil no puede pensarse por separado de su forma de habitar las nuevas pantallas. Así, a la vez que son lectores/as, son reseñadores/as y críticos/as; a la vez que son lectores/as, son *bloggers*, *booktubers* y *bookstagramers* (BBB).

Una vez abiertos sus perfiles, como mencionáramos antes, porque “necesitaban” compartir lo que estaban leyendo, se habilitan formas particulares de reconocimiento y distinción. Tener un volumen de seguidores/as les da la posibilidad de que las editoriales los/as contacten y empiecen a “colaborar” con ellos/as. Esto es, a enviarles ejemplares de sus libros a cambio de que los muestren en sus cuentas y, de ser posible, hagan una reseña de ellos. También, los/as invitan a participar de reuniones con los/as editores/as en donde les adelantan su plan editorial y tienen acceso a encuentros con escritores/as internacionales que lleguen al país. Incluso, algunos/as de los/as BBB “más viejos/as”, como suelen nombrarse a aquellos/as que fueron los/as pionero/as, forman hoy parte del proceso editorial y trabajan, de manera más formal o más independiente, para las editoriales. Pueden trabajar como correctores/as de los manuscritos, como evaluadores/as de las publicaciones que aún no se editaron en el país y hasta como editores/as. En estos lugares son quienes corrigen las traducciones, evalúan si es conveniente –comercial y literariamente hablando– editar un título e inciden en la decisión de qué libros publicar.

Hace dos años, una bloguera comentó en su cuenta de *Twitter* que iba a abrir una nueva sección en su blog llamada “*open mic*”. En ella entrevistaría a personas para conversar en torno a distintos temas que fuese planteando. El primer tema propuesto era la pertenencia a la comunidad LGBTTIQ+. Lucía contestó ese *tuit*. Le dijo que era asexual y se ofreció a participar. La editorial Planeta leyó los intercambios que tuvieron y les propuso escribir una novela con un personaje asexual. Cuando firmaron el contrato la editorial empezó a colaborar con su *blog* y, posteriormente, lo hicieron también otros sellos. En simultáneo, cuando iba a eventos como la Feria del Libro, confiesa, con un poco de vergüenza, que “de repente todo el mundo sabía

quién era yo”. En su mirada, en estos espacios de encuentro, si bien hay *bloggers* con muchos/as seguidores/as como ella y lectores/as que acaban de descubrir este “mundillo” de literatura juvenil que circula por internet, “no hay distinciones” porque “somos todo lo mismo, somos una red hermosa de lectores”.

Yo era una persona que no tenía amigos, no tenía nada y, de pronto, en *Twitter* somos todos iguales, todos. Yo puedo estar hablando con Rainbow Rowell¹⁷, le puedo mandar un tuit y ella me lo contesta, y puedo estar hablando con una chica que no conozco. Ahí, no somos distintos, somos todos lectores. Es linda la forma en la que nos unimos porque no es a través de ningún odio, es a través de cosas que nos apasionan y nos movilizan.

Tom, antes de abrir su canal de *YouTube*, tenía una página de *Facebook* que se llamaba “Cosas graciosas de *Harry Potter*”, pero, según afirma, se la “robaron”. Le escribió un perfil que no conocía para que lo sumara como administrador y así poder ayudarlo en la cuenta. “Yo ahí tenía diez años. Muy inocente, lo puse como administrador y me sacó a mí”, confiesa. Después, abrió otra cuenta, esta vez llamada “Todo sobre *Harry Potter*”, en la que llegó a tener cuarenta mil seguidores/as. En ella subía fotos y recomendaba *fan fictions*. Después de esta experiencia y de empezar a leer otros libros, además de *Harry Potter*, abrió su cuenta en *YouTube*. Estuvo activo un año, tiempo en el que mantuvo una “buena relación” con una chica de Honduras y otra de España. Cree que quienes habitan *booktube* tienen la “necesidad” de hablar y compartir sus lecturas, a diferencia de otros/as *youtubers* cuya principal motivación es conseguir canjes de productos. Ahora, para hablar de los libros que leyó, tiene un perfil en *Goodreads*. Ahí, sus reseñas son “largas” y escribe detalladamente qué le gustó y qué le pareció que estaba mal en cada libro. Para Tom, lo bueno de esta red social es que hasta los libros más “extraños” que consigue y que cree que nadie más que él leyó, tienen una reseña.

Las editoriales colaboran en el blog de Marina desde 2016. Empezó de a poco, con una a la vez, hasta que se fueron sumando “las más grandes”. Estas colaboraciones le “abrieron las puertas” para trabajar también con editoriales y autores/as internacionales, de España, Estados Unidos y Canadá. “El ambiente de BBB es muy tranquilo”, según sus palabras, y se siente agradecida porque pertenecer a esa “comunidad” le permitió tener acceso a experiencias inimaginables. Por ejemplo, en 2018, la autora de *Las crónicas Lunares*, Marissa Mayer, estuvo en Argentina por tres días. La editorial V&R organizó una reunión exclusiva con BBB para que la conocieran y ella fue una de las invitadas. “Más allá de tener la colaboración y los libros gratis –dice Marina– [tener un blog y compartir mis lecturas] es también una oportunidad casi para cumplir tus sueños porque [Marissa Mayer] es una autora que a mí me encanta y que nunca pensé que la iba a conocer”.

¹⁷ Escritora norteamericana que ha escrito varios libros de literatura juvenil *best sellers* como *Attachments* (2011), *Eleanor y Park* (2013), *Fangirl* (2013) y *Carry on* (2015).

En la experiencia de cada uno/a, su modo de habitar las redes sociales se significa de modo particular. Para Lucía es un espacio igualador, porque más allá de las distintas posiciones que ocupa cada uno/a, pareciera no haber distinción: pueden interactuar entre sí escritores/as consagrados/as, *bloggers* con miles de seguidores/as y jóvenes que recién empiezan a leer literatura juvenil. Para Tom, por su parte, es un lugar desinteresado porque la motivación no es lograr que las editoriales les envíen libros, sino encontrarse con otros/as para debatir argumentos y personajes. Finalmente, para Marina, es una comunidad que ofrece oportunidades porque le permite no sólo compartir con pares, sino también conocer a sus referentes.

Sin pretender contradecir la perspectiva de los propios actores, podríamos introducir aquí algunos interrogantes: ¿tienen todos/as las mismas posibilidades? ¿Qué diferentes y desiguales modos de acceso a los libros y a las pantallas tienen los/as jóvenes? ¿De qué modo las editoriales reconfiguran su posición dentro del mercado a partir de la incorporación de jóvenes al proceso de producción y circulación de libros? Responder estas preguntas exceden los objetivos del capítulo, pero las apuntamos como posibles líneas en las que seguir indagando. Ahora sí, en lo que sigue, nos detendremos en lo que significa esta literatura en cada trayectoria de vida.

“Los libros son lo único que recuerdo como lindo”

La investigadora española Gemma Lluch (2003) considera que la literatura juvenil es, como señaláramos antes, una “paraliteratura”, es decir, una literatura comercial, con una estructura narrativa repetitiva y personajes estereotipados. Además, su narración clara y unívoca, por un lado, impediría que haya lecturas plurales y polisémicas, y, por otro, favorecería la “manipulación” y “adoctrinamiento” de los/as lectores/as (p. 82-83). Dice Lluch que “habitualmente se utiliza como sinónimo literatura comercial y mediocridad, relacionando este tipo de literatura con un empobrecimiento cultural” que no ha podido sustituir a la “literatura superior” (p. 216). ¿Es este el lugar que tiene la literatura juvenil “comercial” o “masiva” en las trayectorias de vida de los/as jóvenes entrevistados/as? ¿De qué modo la significan y sienten ellos/as?

Lucía reconoce que esta literatura es menospreciada por quienes no la conocen y que el marketing con el que se promociona puede ayudar a construir una imagen “simplista” de ella. Incluso, que tenga una prosa de ágil lectura, es decir, que la prosa no sea “tan elegante como la de algunos escritores reconocidos de literatura adulta”, o que sean libros que se leen “en dos sentadas, en dos tardes”, puede llegar a confundir su sentido, a creer que son “ligeras”. “Por más que eso pueda llegar a pasar –reconoce– toca un montón de temas que la literatura ‘para adultos’ no se anima o no lo tiene en cuenta por ser una masa homogénea de heteronormatividad masculina”. En esta línea, recomienda que:

si querés protagonistas mujeres fuertes, tenés que irte a la literatura juvenil;
si querés personajes diversos, tenés que ir a la literatura juvenil; si querés

ficción que trate de salud mental o problemáticas sociales actuales, tenés que ir a la literatura juvenil.

A su vez, la denominación “juvenil” le resulta arbitraria, una operación de las editoriales más que de los/as lectores/as porque, por ejemplo, tanto ella de 28 años y su madre de 60 leen a la par los mismos libros. Su mamá es “su primera audiencia”, es quien la escucha llorar o insultar cuando lee. Puede ser que no hable con ella sobre lo que hizo en el día, pero sí sobre qué libro está leyendo. Cuando se reconoció como asexual, a los veinte años, no encontraba tantos libros como ahora que hablan de la comunidad LGTTIQ+. Fueron, más tarde, algunos de ellos los que les permitió hablar de sexualidad con su mamá. Por eso, cree que la literatura “juvenil” le permite tener conversaciones con ella que otro género no habilita; puede seguir hablando de esos libros mucho más tiempo de lo que le lleva leerlos.

Que la literatura juvenil trate temas actuales –aborto, feminismo, lucha contra el patriarcado, abusos, el código de vestimenta– son cosas que puedo traerlas al día a día y hablarlo con mi vieja y es re importante. Hay un clima de época que te permite hablar de estos temas. No te digo que tienen la verdad, pero te dan la chance de hablarlo. Y pasa muchísimo con literatura juvenil, no pasa con otra. O sea, yo no termino un policial negro y hablo con mi vieja de un robo, de los manicomios, no es algo que yo voy a llegar a casa y voy a decir “ma, ¿qué pensás de?”

Para Tom la literatura juvenil tiene la particularidad de construir personajes que se sienten cercanos a su propia experiencia de vida. “Uno podría ser tranquilamente cualquiera de los personajes”, asegura. Si bien no le pasa exactamente lo mismo, puede compartir con ellos “los pensamientos, la situación en la que viven, el sentido de cómo se sienten”. Así, a la vez que se siente representado, cuando lee repiensa una situación que vivió, encuentra consejos o se prepara para algo que le puede pasar. Es, en algún punto, una literatura que lo “educa” sentimentalmente.

Define su niñez y preadolescencia como una etapa difícil de su vida –fue “una infancia de mierda”, dice– porque se sentía diferente a los/as demás: le gustaba leer y hablar de temas políticos y de relaciones internacionales. Tenía dos amigos, recuerda, pero eso no impedía sentirse excluido. “Los libros son lo único bueno que recuerdo como ‘ay, qué lindo’”, dice emocionado. Por ejemplo, *La lección de August*, de Raquel Palacio, fue un libro que lo acompañó en ese momento. No le pasaba lo mismo que al protagonista –un niño que tenía una malformación genética y era rechazado por sus compañeros/as de escuela–, pero encontraba en esas páginas una identificación y una compañía.

A pesar de ello, su mamá le decía que no era un “buen” libro y que, en cambio, debía acercarse a “los clásicos”. En ese momento es cuando le recomendó *Crimen y castigo*, argumentando que era uno de esos libros que “tenía que leer”. Ahora, habiendo pasado unos años de ese episodio, reflexiona:

Toda mi familia que lee, todos me planteaban “ese [libro] no es tan bueno” y yo ahora pienso “¿vos esperabas que yo, en esa época, leyese *Crimen y castigo*?” Incluso ahora, yo disfruto la literatura juvenil. Por más que sé que capaz no es una literatura que luego de veinte años la van a seguir vendiendo y va a seguir siendo *best seller*, yo sé que me gusta, lo disfruto y me conecto con los personajes, y me gusta la historia y me represento. Es lindo eso, lo paso bien que es lo importante. No vas a leer un libro muy difícil porque, simplemente, es bueno. No te gusta, no lo querés leer. Esta crítica a la literatura juvenil me molesta porque, primero de todo, se quejan de que no leemos y, después, se quejan de lo que leemos.

Marina, por su parte, entiende que la literatura es “algo de lo que más influye en la vida del ser humano porque lo que lees en algún lugar lo tomás como cierto”. Desde este lugar, celebra que en los últimos años se estén incorporando temáticas relacionadas con el género, la corporalidad y las orientaciones sexuales. Hay muchas novelas cuyos personajes son homosexuales, lesbianas, transexuales o con cuerpos gordos, lo cual favorece la visibilización de la diversidad. “Hay gente que todavía piensa que ser homosexual es estar enfermo o tener alguna discapacidad o estar confundido” sostiene con seguridad y agrega que su abordaje en la literatura es “una buena forma para empezar a hacer que se cambie ese pensamiento que es bastante errado”.

Si bien estos temas emergieron en el campo editorial bajo un género específico –“LGBT”–, Marina ve que, de a poco, se van incorporando en otros géneros, como distopías y fantasías, en las que el argumento no gira necesariamente en torno a esa temática. Todo este proceso por el que está transitando la literatura juvenil hace que, especialmente, “te deje un mensaje, una enseñanza o, al menos, una percepción de una realidad.”

Lejos de ser ese “globo marketinero muy berreta”, citando al lector del diario *La Nación*, lo que los/as jóvenes hacen a partir de la lectura de estas novelas, lo que significa para ellos/as esta literatura, es hartito más complejo. Ser el recuerdo cálido de la infancia, transitar sus adolescencias y juventudes de forma más acompañada; abrir espacios de diálogo y encuentro con los/as adultos/as; conmover, aunque sea un poco las percepciones de género, son algunas de ellas.

Hacer, pensar, sentir

Hasta aquí hemos intentado hablar de la lectura desde la experiencia de quienes leen. Esto implicó un doble desplazamiento: alejarnos, por un lado, de la omnipotencia de los textos y, por otro, de la concepción de la lectura como acto individual y privado. Con esto queremos decir que los textos no predicen, en su totalidad, el modo en que pueden ser interpretados por quienes los leen. Aun más, no predicen las múltiples formas en que pueden ser incorporados en la vida cotidiana de los sujetos. Del mismo modo, cuando hablamos de “leer”, en-

tendemos que se ponen en juego prácticas que unen al/la lector/a con el texto, así como también con otros/as lectores/as.

Podemos decir, entonces, que la lectura tiene que ver con algo más amplio que el reconocimiento de palabras o que la “comprensión lectora” que se trata de evaluar en la escuela. Es más amplio que una lista de libros y autores/as leídos en un año, como la que el Ministerio de Asuntos Culturales de Francia medía en encuestas y transformaba en indicadores del grado de legitimidad cultural de la ciudadanía francesa. Es una práctica constitutiva de lo social, es decir, una práctica a través de la cual se forjan relaciones sociales y se construye un modo de habitar el presente. Al definir la lectura de este modo, también, repensamos el lugar de quienes leen, porque asumen un lugar protagónico. Es, en este sentido, que decimos que los/as lectores/as, como un modo de estar siendo receptores/as, no sólo reconocen y comprenden el contenido de un texto, sino que también actúan con él.

Desde la sociología de la música, la profesora en Sociología y Filosofía Tia de Nora (2012) ha propuesto estudiar la música en acción, es decir, la música como acontecer, la música como una práctica y como proveedora de una base para la práctica. Más que analizar los textos musicales como representaciones de lo social o los contextos musicales como condiciones de producción, tal como advierte se ha hecho hasta el momento, su intención es estudiar la música desde las relaciones que “los/as usuarios/as” entablan con ella: observar cómo interactúan con la música, cómo enlazan la música con “otras cosas” y cómo actúan “sobre” ella (p. 194). En el marco de esta concepción dinámica del carácter social de la música, afirma de Nora, “el foco se aleja de lo que la música describe o de lo que puede ‘leerse’ en la música ‘sobre’ la sociedad, para acercarse a aquello que la música posibilita, es decir, ‘habilita’” (p. 191). “Habilitación”, en este contexto, hace referencia a lo que la música permite o invita a hacer, así como a aquello que los sujetos perciben que se puede hacer con ella. Esto no quiere decir que la música “cause” algo, no hace que “pase algo”, no es un estímulo, sino que es “material organizador” para la acción, el pensamiento y la imaginación (p. 190), es una “estructura habilitante” (p.193).

En este punto, los aportes de Tia de Nora pueden enriquecer lo que, hasta aquí, hemos planteado a propósito de las dinámicas lectoras. Hablar de la lectura en términos de habilitaciones, es decir, de aquello que habilita, permite e invita a hacer en quienes leen, es hablar de la lectura como una práctica, la lectura en acción. Del mismo modo en que se utiliza el concepto de “actos de habla” para dar cuenta del carácter constitutivo del lenguaje en el hacer de los sujetos, aquello que se puede “hacer” con las palabras, de Nora propone hablar de “actos de música” para dar cuenta de “cómo se realizan cosas a través de los acontecimientos musicales” (p. 194). Queremos continuar esta línea y proponer que hablemos de “actos de lectura” como todo aquello que se puede hacer, pensar y sentir a partir de lo que leemos.

¿Qué es, entonces, lo que la lectura “habilitó” en Lucía, Tom y Marina? ¿Qué les permitió hacer, pensar y sentir? En principio, y de manera más obvia, los/as constituyó en lectores/as como una adscripción identitaria que habitan siendo jóvenes. Reconocerse como lectores/as los/as hacía sentirse diferentes de sus amigos/as y compañeros/as porque no leían como

ellos/as: “era una completa *loner* que no hablaba con nadie”, confiesa Lucía; “es muy difícil encontrar amigos lectores, sobre todo, en mi círculo”, dice Tom. A la vez, les permitió conocer y entablar amistades con otros/as lectores/as: “me hice muchos amigos que la verdad no pensé que iba a tener, sobre todo, porque soy muy tímida”, sostiene Marina; “yo era una persona que no tenía amigos, no tenía nada y de pronto en *Twitter* somos todos iguales, hablando de libros”, completa Lucía.

En segundo lugar, la lectura –en particular, de literatura juvenil– les permitió pensarse y transitar más acompañados/as diferentes momentos que estaban viviendo. Tom, por caso, cuenta que la lectura de algunas novelas juveniles le permitió identificarse con los protagonistas y saber que no era el único que se sentía solo por no cumplir con las expectativas de lo que debía hacer un niño. Lucía, también, recuerda que la lectura de novelas con personajes que se reconocen dentro de la comunidad LGBTTIQ+ le permitió hablar con su madre acerca de afectividad, sexualidad y de su propia adscripción como asexual.

Por último, la lectura de este género particular siendo jóvenes los/as vinculó con otros espacios de producción juveniles, como las redes sociales, a partir de los cuales constituyeron redes de sociabilidad con otros/as jóvenes, con editores/as y con escritores/as. “Nunca pensé que iba a conocer a una de mis autoras favoritas y gracias a la editorial pude hacerlo. En sí, me abrió muchas puertas eso de tener el blog y compartir mis lecturas”, afirma Marina.

Como mencionábamos y tratamos de reconstruir al inicio del capítulo, la literatura juvenil es criticada y desvalorizada por su modo de producción y circulación comercial. En esta lógica, inscribirse dentro del mercado es un aspecto que se traslada para analizar la “calidad” de las producciones culturales y la capacidad de los/as receptores/as de valorarlas. Así, cuanto menos comercial se presente, aun cuando participe en las lógicas del mercado, mayor valor cultural tendrá y sus lectores/as serán considerados/as más formados/as y comprometidos/as. Al contrario, cuanto más apegado esté al valor comercial, menor será su jerarquización cultural. De modo transitivo, sus lectores/as serán considerados/as “tontos/as culturales” (Hall, 1984) que necesitan ser advertidos/as de su sometimiento, de lo “cursi” y “basura” que es lo que están leyendo.

Estas clasificaciones los/as subestiman y desconocen las múltiples formas de relacionarse que tienen con esas producciones. Cuando leemos, o nos apropiamos de alguna producción cultural, no sólo estamos buscando instruirnos, también puede haber un propósito lúdico, de goce o irónico (Justo von Lurzer y Spataro, 2016). Se dice, muchas veces, que la lectura y los libros nos hacen libres, que son una forma de la felicidad, que son un arma para cambiar el mundo. Se dice, también, que un/a niño/a que lee es un/a adulto/a que piensa y que un/a lector vive mil vidas antes de morir mientras que quien nunca leyó vive solo una. La asociación entre lectura, libertad, felicidad y erudición no es natural, se ha construido bajo los ideales de la Ilustración. En este lugar no diremos como conclusión que la lectura vuelve libres, felices y más instruidos/as a los/as jóvenes, porque se pueden generar apropiaciones que desbordan lo esperado. Sólo lo sabremos si nos acercamos a ellos/as.

Bibliografía

- Bahloul, J. (2002). *Lecturas precarias. Estudio sociológico sobre los “poco lectores”*. Ciudad de México, México: Fondo de Cultura Económico.
- Benzecry, C. (2012). *El fanático de la ópera. Etnografía de una obsesión*. Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno Editores.
- Bourdieu, P. (1992 [2015]). “Tres estados del campo”. En: *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario* (79-261). Barcelona, España: Anagrama.
- _____ (2000). “Una revolución conservadora en la edición”. En: *Intelectuales, política y poder* (223-267). Buenos Aires, Argentina: Eudeba.
- Cámara Argentina del Libro (2018). *Informe de Producción del libro argentino*. Buenos Aires, Argentina: Cámara Argentina del Libro e ISBN.AR [en línea] Recuperado de: <https://www.camaradellibro.com.ar/index.php/la-camara/noticias/30-noticias-cal/3185-informe-de-produccion-2018> Última consulta: abril de 2019.
- Cavallo, G. y Chartier, R. (eds.) (1998). *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Madrid, España: Taurus,
- Chartier, R. (1994). *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*. España: Alianza.
- _____ (1999). *Cultura escrita, literatura e historia*. Ciudad de México, México: Fondo de Cultura Económica.
- Dalmaroni, M. A. (2011). “La crítica universitaria y el sujeto secundario: Panfleto sobre un modo de intervención subalterno”. En: *El Toldo de Astier*, 2 (2), 1-12. [en línea] Recuperado de: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.4644/pr.4644.pdf última consulta: abril de 2019.
- de Certeau, M. (1996). *La invención de lo cotidiano. El oficio de la Historia*. México: Editorial Iberoamericana.
- De Diego, J. L. (2015). *La otra cara de Jano. Una mirada crítica sobre el libro y la edición*. Buenos Aires, Argentina: Ampersand.
- De Nora, T. (2012). “La música en acción: constitución del género en la escena concertística de Viena, 1790-1810”. En: Benzecry, C. (comp.). *Hacia una nueva sociología de la cultura. Mapas, dramas, actos y prácticas* (187-212). Bernal, Argentina: Universidad Nacional de Quilmes Editorial.
- Garralón, A. (2017). *Historia portátil de la literatura infantil y juvenil*. Zaragoza, España: Prensas de la Universidad de Zaragoza.
- Hall, S. (1984). “Notas sobre la deconstrucción de lo popular”. En: Samuels, R. (ed.). *Historia popular y teoría socialista*. Barcelona, España: Crítica.
- Justo Von Lurzer, C. y Spataro, C. (2016). “Cincuenta sombras de la cultura masiva. Desafíos para la crítica cultural feminista”. En: *Revista Nueva Sociedad* N° 265, 117-130. Recuperado de: <http://nuso.org/articulo/cincuenta-sombras-de-la-cultura-masiva/> última consulta: abril de 2019.
- Kalman, J. (2004). *Saber lo que es la letra. Una experiencia de lectoescritura con mujeres de Mixquic*. México: UNESCO/Siglo Veintiuno Editores.

- Lahire, B. (2004). *Sociología de la lectura*. Barcelona, España: Gedisa.
- Littau, K. (2008). *Teorías de la lectura. Libros, cuerpos y bibliomanía*. Buenos Aires, Argentina: Manantial.
- Lluch, G. (2003). *Análisis de narrativas infantiles y juveniles*. Cuenca, España: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha.
- Lyons, M. (2012). *Historia de la lectura y la escritura en el mundo occidental*. Buenos Aires, Argentina: Editoras del Calderón.
- Minguez López, X. (2012). “La definición de la LIJ desde el paradigma de la didáctica de la lengua y la literatura”. En: *Anuario de investigación en literatura infantil y juvenil (ANILIJ)*, N° 10, 87-106. España. Recuperado de: <http://anilij.uvigo.es/wp-content/uploads/2017/06/2012.pdf> última consulta: abril de 2019.
- Moro, D. (2014). “La lectura literaria: educación y mercado”. En: *El toldo de Astier*, 5 (8) 102-115. La Plata, Argentina. Recuperado de: <http://www.eltoldodeastier.fahce.unlp.edu.ar/numeros/numero8/MMoro.pdf> última consulta: abril de 2019.
- Nieto, F. (2017). “En torno a la paraliteratura juvenil: lo bueno de los libros malos del canon escolar”. En: *Catalejos. Revista sobre lectura, formación de lectores y literatura para niños*, 2 (4), 129-251. Mar del Plata, Argentina. Recuperado de http://baseries.flacso.org.ar/uploads/productos/1374_05.pdf última consulta: abril de 2019.
- Papalini, V. (2012). “Las lecciones de los lectores. A propósito de la recepción literaria”. En: *Revista Álabe* N° 6 (1-21). España. Recuperado de: <http://revistaalabe.com/index/alabe/article/view/98/100> última consulta: abril de 2019.
- (2016). *Forjar un cuarto propio. Aproximaciones autoetnográficas a las lecturas de infancia y adolescencia*. Villa María, Argentina: EDUVIM.
- Perazo, C. (27 de julio de 2014). “¿Quiénes son los booktubers? La nueva tendencia teen que dinamiza al mercado”. *La Nación*. [en línea] Disponible en <https://www.lanacion.com.ar/sociedad/quienes-son-los-booktubers-la-nueva-tendencia-teen-que-dinamiza-al-mercado-nid1713383> última consulta: abril de 2019.
- Rocca, A. (26 de julio de 2017). “Industrias culturales: cómo los lectores jóvenes pueden salvar el negocio del libro”. *La Nación*. [en línea] Disponible en <https://www.lanacion.com.ar/economia/industrias-culturales-como-los-lectores-jovenes-pueden-salvar-el-negocio-del-libro-nid2046971> última consulta: abril de 2019.
- Sapiro, G. (2016). *La sociología de la literatura*. Buenos Aires, Argentina: FCE.
- Valriu, C. (1998). *Influencias de los cuentos populares en la literatura infantil y juvenil catalana actual*. Mallorca, España.: Ed. Moll.
- Williams, R. (1981). *Cultura. Sociología de la comunicación y el arte*. Barcelona, España: Paidós.